

La imagen de Navarra y su política en las crónicas del Canciller Ayala

JOSE MARIA CABALLERO MARTINEZ

Los historiadores, al reconstruir la historia política de un reino o una región, utilizan, entre otras fuentes, las crónicas que tratan dicho ámbito. La crítica histórica ha desarrollado un elaborado proceso para establecer cuáles son las crónicas más fidedignas, en general se eligen con preferencia las crónicas autóctonas y las más próximas a los hechos narrados; este método suele dar buenos resultados y sólo se siente la necesidad de recurrir a fuentes foráneas si faltan los datos para algún período en la historiografía propia, o se advierte la oportunidad de comprobar algún aspecto que se considera dudoso.

Sin embargo, con este sistema quedan sin tratar algunos aspectos que son importantes: las crónicas pueden ser utilizadas para estudiar las opiniones que nos transmiten sobre sus vecinos y los personajes rectores de su política. Es corriente la opinión de que los conceptos expuestos en las crónicas no hay que considerarlos como juicios individuales, sino como expresión, más o menos generalizada, del grupo social al que pertenece el autor o los autores. Si se acepta que una crónica expresa los juicios de un grupo social, habrá que convenir que esa crónica nos transmite las imágenes o conceptos de dicho grupo.

Para ilustrar lo arriba dicho, las crónicas que escribiera el canciller don Pedro Lope de Ayala pueden ser un buen ejemplo: las referencias a Navarra que contienen dan lugar a una serie de imágenes, imágenes expresadas a través del cronista, que debieron ser opinión general entre la nobleza victoriosa en la guerra civil sobre la participación de los reyes navarros en diversos acontecimientos.

Don Pedro Lope de Ayala ha sido objeto de una larga discusión acerca de su imparcialidad ante los hechos que narra, especialmente por lo que se refiere a la *crónica del rey don Pedro*; esta polémica ha permitido que Lope de Ayala sea un escrito relativamente bien conocido. Menéndez Pelayo llegó a decir de él que «sin controversia alguna (Pedro Lope de Ayala) es nuestro más grande historiador de los tiempos, el único que sin desdoro puede hombrarse con los grandes narradores de la Edad de Oro, desde Mendoza hasta Melo»¹, otros autores, entre los que se cuenta Sánchez Alonso, le han otorgado un puesto tan significativo en nuestra historiografía que le consideran el iniciador de la «historia a la moderna»².

La calidad literaria del canciller es admitida de forma unánime; sin embargo, no ocurre lo mismo por lo que se refiere a su objetividad respecto de los hechos que narra.

La imparcialidad del canciller ha sido defendida por una parte de la historiografía siguiendo a Zorita, que escribió que «no se puede con razón decir que hubiese cosa verdadera que non osase escribirla, ni ninguna agena de la verdad que cuente él en

1. FRADEJAS LEBREJO, José M., *Libro de Caza de Aves*, estudio preliminar, Madrid, 1980, pág. 28.
2. SANCHEZ ALONSO, B., *Historia de la Historiografía española*, Madrid, 1947, pág. 297.

sus relaciones y memorias»³. En la misma línea se situó Sánchez Alonso, quien señaló que «Ayala va tejiendo una reseña implacable, en la que ninguna enormidad es omitida, pero en la que no han podido hallarse falsedades ni exageraciones» y más adelante concluyó, ignorando otras opiniones, que «la imparcialidad de Ayala, defendida briosamente por Zorita, está hoy generalmente reconocida»⁴.

Pero una cosa es contar los hechos que acaecieron y otra, muy distinta, es ser imparcial; un sector de la crítica, más escéptico, no acepta la imparcialidad de Lope de Ayala, en esta línea se sitúa Lapesa Melgar, quien en 1949 escribió que «móviles diversos llevan a acumular sobre Don Pedro crueldades, lujurias, rapacidades, perfidias, faltas contra la caballerosidad y la fe dada; todo o casi todo verdadero, sin duda, pero expuesto con implacable cálculo de los efectos; los comentarios cuando los hay son notablemente sobrios... Dejando que los hechos hablen por sí solos, resaltan más los detalles espeluznantes o patéticos, contados con aparente frialdad»⁵. De lo señalado por Lapesa se desprende que «Ayala no aventura por su cuenta una condenación ni un reproche... el futuro canciller enjuicia y censura a don Pedro por medios indirectos»⁶. Tate cree que entre los motivos de esta parcialidad se halla el que las crónicas puedan ser consideradas como un «manual of political education, an instruction in how to observe and judge the daily acts of one's neighbors»⁷. Se puede, pues, considerar, desde esta postura, que las crónicas, aun siendo veraces, no son imparciales pues expresan la opinión del autor y, todavía más, se puede considerar que las crónicas de Lope de Ayala son expresión del grupo social al que pertenecía su autor⁸.

Los medios empleados por Ayala para la exposición de sus criterios también han sido estudiados y a lo señalado por Lapesa y Sánchez-Albornoz cabe añadir lo expuesto por Michel García, quien considera la imparcialidad del canciller como una «objetividad ilusoria», que define como «conservar las apariencias de la objetividad»⁹, según este autor el método empleado incluye el recurso a varias técnicas como la «argumentación más extensa para el punto de vista elegido; un solo parecer expuesto, contrario al que finalmente fue adoptado; y hasta la calificación de erróneos de los puntos de vista que no comparte, por lo que no deja dudar de su opinión»¹⁰. Entre las técnicas empleadas para la exposición velada de sus opiniones cabe incluir la advertencia de Tate: «He tries to suggest the lines of thought followed by the participants in arriving at their decisions»¹¹.

Siguiendo esta línea crítica con respecto a la imparcialidad de Ayala se puede intentar una aproximación a las crónicas gracias a la cual, partiendo de las noticias que nos proporcionan respecto de Navarra, obtengamos un boceto de las imágenes sobre los reyes navarros sustentadas por Lope de Ayala y la nobleza a la que pertenecía.

3. ZURITA. B.A.E., LXVI, pág. 396.

4. SANCHEZ ALONSO. B., *Historia de la Historiografía española*, Madrid 1947, págs. 297-299.

5. LAPESA MELGAR. R., *El canciller Ayala y otros poetas del Mester de Clerecía en Historia general de las literaturas hispánicas*, Barcelona 1949, pág. 509.

6. SANCHEZ ALBORNOZ. C., *El canciller Ayala historiador en Españoles ante la Historia*, Buenos Aires 1958, págs. 133-134.

7. TATE, Robert B., «López de Ayala Humanist Historia?» en *Hispanic Review* (Julio 1957), vol. 25, n.º 3, pág. 161.

8. «The Chancellor spoke as a representative of the noble class which had consistently attempted to thwart the crown's efforts at consolidating its power, and which had protested against the favoring of social upstarts, not only during Pedro's reign, but also during the whole of the fifteenth century» (ibid. 160).

9. GARCIA. Miguel, *Obra y personalidad del canciller Ayala*, Madrid 1983, pág. 178.

10. Ibid. pág. 177.

11. TATE, pág. 161.

Las referencias a Navarra se encuentran esparcidas a lo largo de las cuatro crónicas, la primera noticia corresponde a la participación en la toma de Algeciras y la última se refiere al regreso de doña Leonor a Navarra; abarcan, pues, prácticamente al ciclo completo de las crónicas. Las noticias se hallan dispersas en 67 capítulos y cubren el reinado de Carlos II y el de Carlos III hasta 1395. Los asuntos que predominan son los que remiten a las relaciones bilaterales y está prácticamente ausente otro tipo de consideración.

La primera noticia data de 1351, y en ella se narra escuetamente la visita que Carlos II y su hermano Felipe realizaron a Pedro I, debió ser aquella una entrevista de ritual para cumplimentar al nuevo rey castellano y como tal parece tratarla el canciller, quien la despacha con frases arquetípicas.

Los años siguientes Carlos II estuvo en Francia, lo que se refleja en las crónicas con un vacío de información sobre el navarro que se prolonga once años, si exceptuamos una noticia sobre el rey referida a sus aventuras durante la revuelta de Etienne Marcel en París y la jacquerie. La reseña de 1536 dice así: «otrosi Don Carlos, rey de Navarra, que por mandamiento del rey don Juan de Francia era preso en la cibdad de París, fue suelto por la voluntad de los de París, por grand movimiento que ovo en la cibdad, que los comunes se apoderaron della. Otrosi este año comenzó la campaña de los Jacques en Francia, que el dicho rey de Navarra desbarató, e mató después a Jacques Buen-ome, que era su capitán dellos»¹². Como se advierte, don Pedro Lope de Ayala cuenta brevemente los acontecimientos sin mostrar opinión alguna, que nos permita conocer su actitud hacia las dos revueltas, ni hacia la actuación del navarro en ellas; parece claro que Lope de Ayala, un noble, debía tener una pésima opinión sobre tales sucesos, pero quizá la lejanía de estos sucesos le aconsejó abstenerse de enjuiciarlos, ya que no atañían directamente a su objeto principal: Pedro I.

Seis años hay que esperar para que Carlos II aparezca nuevamente en la crónica de don Pedro I. Reaparece con motivo del tratado que firmaron en Lorca los reyes de Castilla y Navarra; este relato comprende los capítulos VIII y IX correspondientes al año 1362: el capítulo VIII narra cómo el rey mandó a algunos leales «de se ir encubiertamente a la guerra de Aragón»¹³. Don Pedro mantuvo oculto el motivo y objetivo de la campaña a sus huestes, y así, difundió la noticia de que «avía nuevas de una grand campaña que andaba en Francia haciendo la guerra, que decían la compañía blanca, querían venir en su Regno, e que avía de entrar por las partidas de Aragón e Navarra»¹⁴.

Una vez con sus hombres en la frontera, el capítulo IX narra cómo don Pedro envió embajadores a Carlos II para que acordaran una alianza, los embajadores llegaron a un acuerdo «e juraronlos en nombre de los Reyes sus Señores»¹⁵. Los motivos de Pedro I parecen desprenderse del relato del capítulo VIII, los de Carlos II los da explícitamente Lope de Ayala cuando dice: «e el Rey de Navarra vio en ello muy buen día, ca estonce non estaba bien avenido con el Rey de Francia, e rescelaban mucho del; e tovo que por quanto en Castilla mataran a la Reina Doña Blanca de Borbón, que era sobrina del Rey de Francia, que non se querían bien el Rey de Castilla e el Rey de Francia; e por tanto, que ligándose él con el rey de Castilla, tenía grand ayuda contra el Rey de Francia»¹⁶. Una vez que los reyes ratificaron su alianza en Soria el cronista nos informa del estado de ánimo de Carlos II y de los motivos: «e destapleytesía estaba el Rey de Navarra bien pagado e muy alegre, ca veía que el

12. B.A.E. LXVI, pág. 475.

13. Ibid. pág. 520.

14. Ibid. pág. 521.

15. ibid. pág. 521.

16. Ibid. pág. 521.

Rey de Castilla non tenía guerra, nin le prescía averla, nin que la podía de presente aver... e así parescía al Rey de Navarra, que esta alianza e amorío que en tomaba con el Rey de Castilla, (que era tan grande e tan poderoso, e con tantas ventajas) que el primero que oviese menester fuese ayudado del otro, le era muy provechosa; ca el Rey de Navarra tenía el menester más cerca contra el Rey de Francia»¹⁷.

El navarro se las prometía felices después de la ratificación del tratado, pero acto seguido Pedro I le reclamó, reunidos ambos monarcas, la ayuda navarra en una maniobra de distracción contra Aragón que abriera dos frentes. Carlos II tras deliberar respondió positivamente a Pedro I, aconsejado por los que con él estaban, «lo uno por quanto estaba por su cuerpo en poder del Rey de Castilla, e su Regno, o en su cibdad, e porque era ome muy fuerte, e que lo podría dexar la guerra de Aragón, e ir sobre el Regno de Navarra»¹⁸; el navarro actuaría «contra su voluntad, empero con rescelo que avía del poder del Rey de Castilla»¹⁹, pero cumpliendo los acuerdos tomaría Sosa, en la frontera navarro-aragonesa.

Lo interesante de la exposición de don Pedro Lope de Ayala estriba en las interpolaciones que el cronista intercala en la narración, en ellas nos explica las intenciones de los protagonistas, lo que ya fue advertido por Tate²⁰. Del relato se desprende que ambos reyes actuaron con marrullería; si don Pedro I pretendía la alianza con Navarra para atacar Aragón, don Carlos II la quería con el fin de actuar contra Francia; así la narración encierra, gracias a estas interpolaciones, una censura contra la actuación de ambos reyes.

El cronista matiza un juicio cuando en el capítulo IV, correspondiente al año 1363, da cuenta de la ayuda navarra a la campaña de Pedro I, donde dice «otrosi, vino en este año en ayuda del Rey, Don Lois, Infante de Navarra, hermano del Rey de Navarra, e el Captal de Buch, que era un grand Señor de Guiana e muy buen Caballero, e mucha buena compañía con ellos de caballo e de pie»²¹; el cronista recupera ahora, un tono imparcial y meramente informativo, pero es fácil advertir que ausente la figura de don Carlos II desaparecen los reproches, así informa de la colaboración de su hermano y alaba, bien que con fórmulas estereotipadas, la figura del Captal de buch y las compañías navarras.

La imagen negativa que el canciller Ayala ofrece de Carlos II se acentúa en los episodios que anteceden a la batalla de Nájera. El relato es ahora más extenso, alcanza hasta seis capítulos repartidos entre los años 1366 y 1367 y adquiere mayor intensidad narrativa. Don Pedro ha pasado a Galicia desde Sevilla atravesando Portugal y desde allí «envió sus cartas al Rey de Navarra e al Príncipe de Gales a los facer saber como él era en tierras de Galicia, e que quería saber que esfuerzo tenía en ellos... (al cabo de tres semanas) ovo respuesto de mensageros que enviara al Rey de Navarra»²², entonces embarcando en Coruña marchó a Bayona y logró entrevistarse con el príncipe de Gales en Cabreton, cerca de Bayona, «e vino y Don Carlos, Rey de Navarra, e comieron con el Rey don Pedro, e asentaron al Príncipe en medio de la mesa, e al Rey Don Pedro a la mano derecha, e al Rey de Navarra a la otra mano. E desdeque allí llegó el Rey Don Pedro, fabló con el Príncipe como avía mucho menester la ayuda del Rey de Inglaterra, su padre e señor, e él estaban muy prestos para la ayuda»²³. Hasta aquí la narración de la alianza entre Pedro I, el príncipe negro y Carlos II, en ella resultó la organización de un ejército que entrase en Castilla para

17. *ibid.* pag. 521.

18. *ibid.* pág. 522.

19. *Ibid.* pág. 522.

20. He shows what activated the alliance of Navarre and Castile in 1302, Tate, pág. 161.

21. B.A.E. LXVI, pág. 526.

22. *Ibid.* pag. 543.

23. *Ibid.* pág. 548.

reponer a Pedro I. La participación inglesa resultó muy cara, pues Pedro I se comprometía a costear la campaña de su bolsillo y a entregar al príncipe de Gales «la tierra de Vizcaya, e la villa de Castro de Urdiales; e a Mosen Juan Chandos... la cibdad de Soria»²⁴.

Don Enrique, ya rey de Castilla, supo que «el Rey Don Pedro, desde que llegara a Bayona de Gascaña se viera con el Príncipe de Gales, e con el Rey de Navarra, e que avía fecho con ellos sus ligas, e que catava gentes de armas para tomar al reino de Castilla»²⁵ y entabló negociaciones con el rey Don Carlos «por quanto aquellas compañías que avían de venir con el Rey Don Pedro e con el Príncipe de Gales non avían otro paso tan bueno como por los puertos de Roncesvalles, que son en el Regno de Navarra, e son de tal manera, que se non podrían pasar contra voluntad de los que estoviesen desta otra parte en Navarra. E viéronse los Reyes Don Enrique e Don Carlos de Navarra... e ficieron y sus juras sobre el cuerpo de Dios, e pleytos e omenages... e fincó que el Rey de Navarra non daría el paso de los puertos de Roncesvalles al Rey Don Pedro, e al Príncipe de Gales e a los que con ellos venían, e que por su cuerpo sería en la batalla con todo el poder que oviese en ayuda del Rey Don Enrique: e para esto ser firme, fincó que daría el Rey de Navarra al Rey Don Enrique en arrehenes el castillo de la Guardia... el castillo de Sant Vicente... el castillo de Buradon... Otrosi el Rey Don Enrique avía a dar al Rey de Navarra, porque compliese los que avía prometido de defender el puerto de Roncesvalles... la villa de Logroño que el Rey Don Pedro le prometiera por esta tal ayuda que el Rey de Navarra ficiese a él»²⁶.

Del relato precedente se desprende que don Carlos II había negociado con cada uno de los reyes castellanos, don Pedro y don Enrique, sobre su papel ante la entrada del ejército de Don Pedro y el príncipe de Gales y con ambos contendientes había estipulado el mismo precio: la villa de Logroño. El cronista, como es habitual, no explicita su opinión, lo que no quiere decir que no la exprese; tiene buen cuidado de describirnos las ceremonias de las dos alianzas: en la concertada con Pedro I se describe el banquete que corresponde a la ceremonia civil; en la ajustada con Enrique II se da cuenta del acto religioso: «e ficieron y sus juras sobre el cuerpo de Dios, a pleytos e omenages»²⁷. La mención del ceremonial religioso, toda vez que el cronista ha dejado claro que esta alianza rompe la fe dada con anterioridad a Pedro I, parece aumentar la sensación de gravedad en la traición de Don Carlos.

Pero el relato continúa y una vez acordada la alianza con Enrique II, Don Carlos pactó una nueva alianza con Pedro I: «E esto fecho, el Rey de Navarra fuese para Pamplona, e estuvo allí, e fizo otros tratos con el Rey Don Pedro e con el Príncipe de Gales en esta menra: Que el Rey de Navarra les diese el paso por el puerto de Roncesvalles, e que él fuese con ellos por su cuerpo en la batalla; e que el Rey Don Pedro le daría las villas de Vitoria e Logroño. E el Rey de Navarra, pensando como el poder quel Rey Don Pedro e el Príncipe de Gales traían era grande, e mayor que el poder que traía el Rey Don Enrique, otorgó al Rey Don Pedro e al Príncipe de Gales de les desembargar los puertos de Roncesvalles, e de ser con ellos por su cuerpo en la batalla». La traición contra Don Pedro se convierte en una doble traición que afecta a ambos monarcas castellanos; a estas alturas del relato el lector sólo puede tener una opinión formada de Carlos II, aunque con anterioridad no conociera su sobrenombre de «El malo».

Sin embargo, Don Pedro Lope de Ayala continúa su narración: Carlos II dejó

24. Ibid. pág. 549.

25. Ibid. pág. 549.

26. Ibid. pág. 550.

27. Ibid. pág. 550.

28. Ibid. pág. 550.

franco el paso de Roncesvalles a Pedro I y el Príncipe de Gales, aunque contraviniendo la alianza con ellos pactada, según la cual había «de ser con ellos por su cuerpo en la batalla»²⁹, «pues resceló mucho de ser en la batalla por su cuerpo, e non los quiso atender en Pamplona; empero dexó y un rico ome de su tierra... e el Rey de Navarra fuese para una su villa que dicen Tudela, que es cerca Aragón e por non ser por su cuerpo en la batalla trató con un caballero bretón, primo de Mosen Beltran de Claquin, que decían Mosen Oliver de Mauny, e la pleytesía fue esta: que el Rey de Navarra andaría a caza cerca de la villa e castillo de Borja, que es a quatro leguas de Tudela, e que el dicho Mosen Oliver saliese a él, e le prendiese, e le toviese preso en el dicho castillo de Borja fasta que la batalla del Rey Don Pedro e del Príncipe de Gales con el Rey Don Enrique fuese pasada; e que así podía aver escusa de non ser por su cuerpo en la batalla; e que el Rey de Navarra daría por heredad al dicho Mosen Oliver un castillo e villa que el rey de Navarra avía en tierra de Normandía en Francia»³⁰. Don Carlos, según se desprende del relato, no es ya sólo un traidor, sino también un cobarde, incapaz de comparecer en un acto de caballería como es una batalla y sí en cambio de recurrir a una burla como la urdida con Mosen Oliver de Mauny.

Esta visión fuertemente negativa de Don Carlos contrasta con la imagen que aparece en el capítulo siguiente de Don Enrique; después de la entrevista de Santa Cruz de Camperzo el Trastámara marchó a Burgos «teniendo que en ninguna manera por aquellas partidas de los puertos de Roncesvalles non pasarían el Rey Don Pedro, nin el Príncipe de Gales, nin aquellas compañías que con ellos venían, ca ge lo podía muy bien defender el Rey de Navarra»³¹. La confianza de Enrique II puede parecer cándida o ingenua, pero crea un perfecto contrapunto con la «maldad» de Don Carlos; de todas formas el cronista aprovecha el próximo relato para restituir la figura de Don Enrique, al tiempo que remata la visión negativa que de Carlos II ofrece en este episodio: «E Mosen Hugo de Caureley, que era un caballero inglés, quatrocientos de caballo de su compañía, que tenía consigo de Inglaterra, partió del Rey Don Enrique e fuese para Navarra, por quanto su señor el príncipe de Gales venía de la otra parte, e non podía ser contra él. E el Rey Don Enrique, como quier que sopo como el dicho Mosen Hugo partía dél, e le pudiera facer algund enojo, non lo quiso facer, teniendo que el dicho caballero facía su debdo en se ir a servir a su señor el Príncipe, que era fijo de su señor el Rey de Inglaterra»³². Frente a la perfidia y cobardía que el cronista nos muestra en don Carlos, resplandece la caballerosidad de Enrique II dejando partir a un caballero inglés de sus huestes para ir a integrarse en las del bando contrario, donde está su señor natural el príncipe de Gales.

No son estos todos los episodios que se refieren a Carlos II, pero sí quizá los más expresivos; durante los veinte años que restan de su reinado en diversas ocasiones y circunstancias vuelve a aparecer en las crónicas. En aras de la brevedad quede el análisis de los restantes hechos para posterior ocasión; sin embargo, puede ser una buena despedida a don Carlos estudiar la noticia de su muerte, transmitida por Lope de Ayala. La crónica de Juan I en el capítulo XI del año 1386 dice lacónicamente: «en este año murió Carlos, Rey de Navarra, e regnó en su lugar Carlos su fijo»³³. Fue costumbre del canciller dar alguna breve noticia con motivo del epitafio de los reyes extranjeros³⁴, no obstante, el rey don Carlos no tuvo tal suerte, Ayala sólo dio escuetamente la noticia de su fallecimiento: a Pedro IV de Aragón, enemigo implacable

29. Ibid. pág. 550.

30. Ibid. pág. 550.

31. Ibid. pág. 551.

32. Ibid. pág. 551.

33. B.A.E. LXVIII, pág. 114.

34. Pueden verse algunos ejemplos de epitafios en B.A.E. LXVI, pág. 424 y en B.A.E. LXVIII, pág. 71.

de Castilla en varias guerras y litigios antes de y con los Trastámaras reinando, al menos el canciller le concedió una breve nota explicando su posición indecisa ante el cisma³⁵. ¿Por qué Don Carlos II no recibió el mismo trato? Tanto Carlos II como Pedro IV se enfrentaron repetidamente a los castellanos y ambos emparentaron a sus descendientes con los Trastámaras, pero mientras Carlos II apoyó a Pedro I, el aragonés apoyó a Don Enrique; quizá lo que nunca perdonara Pedro Lope de Ayala a Don Carlos fuese el tibio apoyo que prestó a Pedro I durante la guerra civil; quizá este apoyo motivó el que Don Pedro Lope de Ayala incluyera a Don Carlos II entre su galería de ejemplos de «mal vivir».

En contraste con la brevedad de la noticia del fallecimiento de Carlos II está la que cuenta como su hijo se enteró, más larga y detallada, dice así: «el qual (se refiere a Carlos III) quando ovo nuevas que el Rey su padre era muerto, estaba en Castilla, con el Rey Don Juan, e luego partió dende, ese fue para Navarra a tomar posesión del Regno. E a pocos días que y llegó determinó por el Papa Clemente VII»³⁶ y en la abreviada puntualiza aún más: «él estaba en Castilla, con el Rey Don Juan, su cuñado, en Peñafiel, e allí tomó la voz del Rey de Navarra, haciendo primero llanto por el Rey su padre, e después haciendo alegrías»³⁷. La extensión de una noticia tal, el inicio del reinado de un monarca extranjero, es infrecuente en Lope de Ayala y en casos similares reduce la noticia a una mención³⁸; es posible que al autor le interesara alargarla con objeto de dar un relieve especial al rey noble, al tiempo que anunciaba el período de buenas relaciones entre Castilla y Navarra que se abrió con el reinado de Carlos II.

El cambio de panorama en las relaciones bilaterales que se anuncia con el tránsito de Carlos II a Carlos III, se presagiaba ya por algunas noticias que el cronista aporta de Carlos III todavía príncipe, quizá el ejemplo más significativo era el relato de la intervención del infante en la campaña de Aljubarrota. La narración se inserta entre el relato de la desbandada del ejército castellano después de la derrota y la marcha triunfal del maestre de Avis cobrando ciudades y castillos tras el desastre; entre dos narraciones, que epilogan el suceso de Aljubarrota, se intercala una breve narración: «Don Carlos, Infante primogénito heredero del Rey de Navarra, que era casado con la Infanta Doña Leonor, hermana del Rey Don Juan, avía enviado a decir al Rey que le esperase, ca él venía quanto podía andar para entrar con él en el Regno de Portugal. E el Rey non le atendió, pero después, luego que el Rey partió de Ciudad Rodrigo, el Infante llegó allí, e con él algunos caballeros de Aragón e de Bretaña e de Castilla; e porquanto non pudo alcanzar al rey, ca le dixerón que era ya pasado a Coimbra, entró el dicho Infante a tierra de Lamego, e fizo allí mucho daño. E estando en aquella comarca sopo como el Rey era desbaratado, e tornose para Castilla»³⁹. Un suceso tan marginal al hilo de la narración principal parece indicar un interés del cronista por presentarnos una imagen positiva, próxima a la de un héroe caballeresco, casi sublimado, del heredero navarro.

Siendo rey Carlos III el cronista continúa presentándole bajo un prisma positivo; un hecho en principio intrascendente sirve de marco: en 1388 estaba Juan I en la comarca de Calahorra «e allí vino a él el Rey de Navarra, e estuvo con él algunos días tomando placer por carnestolendas de este año e dende tornose para su regno de Navarra»⁴⁰. Las relaciones entre las dos monarquías se presentan idílicas, festejando ambas familias reales los carnavales en compañía, tan buenas eran las relaciones que

35. B.A.E. LXVIII, pág. 114.

36. Ibid. pág. 114.

37. Ibid. pág. 114 (nota 2).

38. Pueden verse algunos ejemplos en B.A.E. LXVIII, pág. 71 y pág. 114.

39. B.A.E. LXVIII, pág. 105.

40. Ibid. pág. 118.

«vino a él (Juan I) su hermana, que avía syedo muy enferma, e vinose con él para Castilla»⁴¹.

El tiempo transcurría y doña Leonor, que tenía con ella a sus hijas, desoyendo los ruegos de su marido, no volvía a Navarra. En 1390 don Carlos se decidió a solicitar, por medio de mensajeros, la intervención en el caso de su cuñado Juan I se iniciaron entonces unas negociaciones a tres bandas (entre los mensajeros de Carlos III, Juan I y doña Leonor) a fin de lograr la vuelta de la reina a Navarra. En una situación como ésta, Leonor en Castilla, con las hijas y herederas de su esposo, lo que está en juego es el control del linaje real, e incluso la continuidad de éste en los descendientes de Carlos III, gracias a los posibles enlaces matrimoniales de las herederas; de ello son conscientes los navarros: «Podrá acaescer», dicen los mensajeros, «que la Reyna casase esta fija primogénita heredera en algund lugar que non sería a voluntad del Rey su marido, de lo qual vernia grand escandalo, ca si esta señora Infanta casase en lugar que fuese contra la voluntad del Rey de Navarra, su podre, luego el Rey e su Regno farían que el Infante Don Pedro, hermano del Rey, fuese heredero, e non le oviese la fija»⁴². En tal circunstancia la actitud dialogante que Ayala atribuye al navarro, supone un notable ejemplo de fidelidad a Juan I.

El monarca castellano, por su parte, intercedió entre su hermana y los mensajeros navarros para que volviera con su esposo; el cronista nos relata detenidamente las entrevistas de Juan I con Leonor y con los navarros, según el cronista, a lo largo del episodio don Juan trató de lograr por todos los medios la vuelta de Leonor con su marido y no le dio crédito cuando formuló la acusación de que don Carlos la quería envenenar, así puso en boca de Don Juan la siguiente respuesta: «e dixo que le parescia que ella non debía tomar tal miedo como tenía del Rey su marido, ca él bien cuidaba, e así ge lo avían dicho algunos que estuvieron con ello quando fue enferma en Navarra, que todo aquello que decía que le dieron yervas, fue imaginación e non verdad; e que era mejor tal razón como esta callarse, que non publicarla»⁴³.

La negativa de doña Leonor a regresar a Navarra y con ello reestablecer la normalidad en el linaje real navarro es vista por Ayala bajo una óptica bien distinta. Presenta a doña Leonor poniendo dificultades insalvables a la reconciliación; así, por ejemplo, una vez que Juan I y su consejo habían determinado que, para asegurar a la reina en su regreso a Navarra, don Juan había de jurar ante testigos, la reina exigió que entre estos estuviera el rey de Francia⁴⁴, lo que era imposible dado lo conflictivo de las relaciones entre el navarro y el rey de Francia.

Estas negociaciones concluyeron con la comprensión navarra hacia los esfuerzos de Juan I: «señor, nos avemos bien entendido e visto que vos facedes toda vuestra diligencia porque nuestra señora la Reyna vaya a su regno e a su marido»⁴⁵ y el reemplanteamiento de la demanda en el sentido de que «querría el Rey nuestro Señor que ia Reyna le enviase esta su fija primogénita»⁴⁶, para tener el control del linaje como ya se ha visto algunos párrafos más arriba. El episodio concluyó con la vuelta efectiva de la primogénita a Navarra.

En este episodio Lope de Ayala muestra la inquebrantable fidelidad que se tenían Carlos III y Juan I, para él debió constituir un magnífico ejemplo sobre la virtud de la lealtad entre caballeros. El contrapunto lo representa doña Leonor, dificultando la reconciliación y difamando, pues tal parece en el relato, a su marido. Cabe preguntarse

41. Ibid. pág. 118.

42. Ibid. pág. 137.

43. Ibid. pág. 137.

44. Ibid. pág. 137.

45. Ibid. pág. 137.

46. Ibid. pág. 137.

por las razones del contraste que Lope de Ayala establece entre Don Carlos y doña Leonor: Carlos III siempre fue un fiel aliado de Castilla y de los Trastámara, por contra doña Leonor con su actitud pudo enturbiar las relaciones entre las dos dinastías; también, al abandonar con sus hijas a su marido socavaba una de las bases fundamentales de la nobleza, el linaje; pero, además, hay que tener en cuenta la actuación de la reina de Navarra durante la minoría de Enrique III: Lope de Ayala que comenzaría la redacción definitiva hasta 1393 ⁴⁷, debió tener bien presente estas últimas actuaciones a la hora de enjuiciar las actitudes de la reina.

A lo largo de la comunicación, se han presentado algunos ejemplos de las referencias a Navarra que se encuentran en las crónicas de Lope de Ayala. El objetivo era descubrir cuál es la imagen que sobre Navarra proyectan las crónicas; de lo expuesto se desprende que la imagen varía dependiendo del personaje que trate: Carlos II y doña Leonor son enjuiciados de forma negativa, por el contrario Carlos III es presentado favorablemente. Preguntarse por los motivos del reparto de papeles que hiciera don Pedro Lope de Ayala es una tarea difícil; sin embargo, puede observarse que tanto don Carlos II como doña Leonor se situaron frente a la política Trastámara triunfante en uno u otro momento, Carlos III por el contrario mantuvo siempre buenas relaciones con la dinastía castellana; es lícito preguntarse si la línea de ruptura, entre la imagen positiva y la imagen negativa, pasa por la actitud que los personajes tuvieran para con los Trastámara. No se interprete lo dicho como acusación de servilismo por parte del canciller hacia los Trastámara; sino, más bien, como expresión del pensamiento de Lope de Ayala, encarnado por los Trastámara.

BND

47. LAPESA MELGAR, pág. 508.